



ENERO - JUNIO 2026 | No. 3

INTERFOLIA





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Santos Guzmán López
RECTOR

Mario Alberto Garza Castillo
SECRETARIO GENERAL

José Javier Villarreal
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Víctor Barrera Enderle
DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Lizbet García Rodríguez
Roberto Kaput González Santos
EDITORES RESPONSABLES

María Villagómez
DISEÑO EDITORIAL

Valentina Moreno Chávez
Izamar Gómez Reza
CORRECCIÓN

Luis Fidel Camacho Pérez
Ángel H. Candelaria
Lázaro Izael
Nancy Elizabeth Lucio López
María Fernanda Ramos
Carlos Rutilo
Reyna Alejandra Vera Colunga
Verónica Zúñiga
EQUIPO EDITORIAL

En portada:

Obra derivada de la fotografía de la Casa y Museo de José Lezama Lima.

Fotografía: "Casa José Lezama Lima 9488 Habana Cuba" por Christian PirkI (24 de marzo de 2026), (Wikimedia Commons: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Casa_José_Lezama_Lima_9488_Habana_Cuba.jpg).

Estilización por María Villagómez

Licencia: CC BY-SA 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/legalcode>)

Interfolia, año 2, no. 3, enero-junio 2026, es una publicación semestral editada por la **Universidad Autónoma de Nuevo León**, a través de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, calle Pedro de Alba s/n, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, C. P. 66451, Nuevo León, México. Teléfono **8183294015**

Página electrónica de la revista:

<https://interfolia.uanl.mx/>

Correo electrónico: revista.calfonsina@uanl.mx.

Editores responsables: **Lizbet García Rodríguez** y **Roberto Kaput González Santos**. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo **No. 04-2023-121911450000-102**, ISSN: **EN TRÁMITE** — ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor.

Responsable de la última actualización de este número, **Ing. Juan José Pérez Chávez**, Unidad de Informática INDAUTOR, calle Puebla, 143, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06700. Fecha de última modificación: **04/06/2023**. Tamaño del archivo: **8.3MB**

Prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de los editores.

VIVIR EN CASA DE LEZAMA

Alberto Lauro

En dos ocasiones fui huésped en la casa de Lezama. Su viuda, María Luisa Bautista Treviño, conocía a mi familia paterna. Lo descubrimos cuando el Padre Gaztelu nos presentó. En La Habana se llamaba María Luisa Bautista, para las familias holguineras era simplemente "Cachita". Su madre, María Treviño, fue una misionera cuáquera mexicana que llegó a Cuba con diecinueve años por el puerto de Gibara, el 14 de noviembre de 1900. Allí, a principios del siglo pasado, fundó el Colegio "Los Amigos". Cuando en 1902, Estrada Palma regresó a la isla después de su destierro, ya investido como Presidente de la naciente República de Cuba, desembarca por la bahía de Gibara –por ese mismo lugar había salido al exilio–, y la joven maestra religiosa, junto a la población de la pequeña localidad, con su coro de niños, lo recibe. Un año después fundaría el mismo colegio en Banes, se casaría con don Elpidio Bautista y tendrían a Joaquín, Andrea y a "Cachita".

Al cabo de los años, la hija de la misionera, ya como profesora de Literatura y amiga de Eloísa Lezama Lima, terminará casándose con Lezama (el 5 de diciembre de 1964), a quien admira y cuya obra conoce bien. Lo hace a petición de la madre del poeta, doña Rosa Lima, en su lecho de muerte. Para doña Rosa, María Luisa era como una hija y no quería que su hijo quedara desamparado. Sus otras hijas, Eloísa y Rosita, se habían marchado ya al exilio.

A Trocadero No. 162 se mudaron en 1929, cuando Lezama tenía diecinueve años. Antes habían vivido muy cerca de allí, en una inmensa casona en el Paseo del Prado No. 9, que Lezama recrea en las primeras páginas de *Paradiso*. Diez años antes, en 1909, había muerto el Coronel Lezama, en Fort Barrancas, Pensacola, y la viuda y sus huérfanos se trasladaron con sus muebles a otra casa más modesta.

En 1977 me fui de Holguín a estudiar a La Habana. Vivía en una enorme mansión en el exclusivo barrio de El Laguito, en el Country Club. Apenas conocía a nadie en la capital salvo a un compañero de estudios y al Padre Gaztelu. Él fue quien me presentó a Cachita y como yo asistía a la misa dominical del mediodía de la parroquia del Espíritu Santo, me presentó allí a sus amigos. En dos ocasiones, por falta de monaguillo, me tocó asistirle en oficios dedicados a Lezama cuando se cumplía un aniversario de su muerte. Fue así como de pronto formé parte del círculo íntimo de amigos del autor de *Muerte de Narciso*.

Pero en una ocasión, habiendo regresado ya a Holguín y de visita en La Habana, el Padre Gaztelu me invitó a alojarme en su iglesia, cuando el techo de la parte destinada a vivienda se derrumbó a consecuencia de un fuerte aguacero. Fue entonces cuando pidió a María Luisa, a quien todo el mundo llamaba por su nombre y también yo en público, que me hospedara. Y ella accedió con gusto al saber por mí mismo que era el nieto de su amigo de adolescencia, Aurelio Pino, juez de Cañadón, un poblado del término de Banes, en la carretera hacia la playa de Guardalavaca.

La casa de Lezama permanecía como él la había vivido. En la primera ocasión me alojé allí cinco días y apenas dormí, poseído como estaba por el hechizo del lugar, consciente del privilegio que para cualquiera representaba estar en aquel "templo de la imagen". Todo estaba imantado por la energía de aquel alquimista de palabras que la habitara. Allí, más que imaginarlo, lo veía como si estuviera vivo, oficiando en sus vigiliadas, fabulando, hechizado como un gurú en su cripta. Demiurgo en su pequeño cuarto, al que llamaban sus familiares la "Gruta de Delfos". Siempre escribiendo a mano con una caligrafía muy peculiar. Yo no había cumplido veinte años y ya me fascinaba su mundo, aunque apenas lo entendiera. Sin embargo, leía embrujado por la música de sus palabras y me

dejaba llevar por lo que Gaztelu había definido como una "rauda cetrería de metáforas".

Pintada la fachada con un gris ensombrecido por el hollín, cubierta de polvo, se accede a la casa por una entrada custodiada por dos columnas semisalomónicas. Los enormes muebles apenas dejaban espacio en una sala que reducían aún más, presidida por el enorme retrato del Coronel Lezama en traje de gala y empuñando un sable. Además, enmarcados se veían los retratos de Góngora, Mallarmé y Martí. Las paredes despintadas estaban cubiertas de cuadros, algunos adquiridos por Lezama y otros recuperados de las colecciones de su hermana Eloísa y su cuñado Orlando. Entre los lienzos, los que recuerdo eran *Los novios* de Aristides Fernández; *Retrato de Eloísa*, pintado por Mario Carreño, otro de Lezama realizado por Arche; unos gallos de Mariano; un dibujo de Lozano representando a un hombre desnudo, un San Francisco y algunas esculturas como peces de este mismo artista; *El coche musical*, de Cleve Solís; un óleo inconcluso de una mujer, de Víctor Manuel; un galleguito que había cortejado a una pariente de Lezama, pintado por Cundo Bermúdez y, entre los más jóvenes, sin espacio donde colgarlos, varios grabados de Umberto Peña y unas piezas de Martínez Pedro, Clara Morera y Sandú Darié.

Todas las habitaciones estaban llenas de estanterías con filas dobles de libros, algunos muy valiosos, como el firmado por Martí. Otros exhibían las firmas de sus autores: Octavio Paz, Wallace Stevens, Vargas Llosa, Goytisolo... En total más de diez mil volúmenes y casi ninguno de obras teatrales.

Había mesas repletas de pirámides de papeles en donde se mezclaban cajas que contenían tabacos, llaves, lápices, plumas, aerosoles contra el asma, botones, abridores de cartas, estilográficas, bolígrafos con la tinta reseca, carreteles de hilos, agujas, tarjetas de visitas y cientos de cartas sin clasificar, escritas por Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Adolfo Salazar, Julián Orbón, Cernuda, Zenobia

Camprubí, Carlos Fuentes, Vicente Aleixandre, Octavio Paz, Cortázar, y muchos autores cubanos. Por supuesto, también de los poetas de *Orígenes*, Loló de la Torriente, Eugenio Florit, Lydia Cabrera y una lista interminable. Los resquicios que quedaban libres lo ocupaban estatuillas, ceniceros, pequeñas tallas, miniaturas, piezas en jade de Buda y de Lao Tsé, un dragón de marfil tallado que tenía una bola en la boca y que era como un sonajero, piezas de decoración chinas, indias, tibetanas, caracoles, monedas... Todo ello, en un abigarramiento al que se sumaba la humedad de las paredes y un olor a gas de la calle que hacía la atmósfera irrespirable. Me preguntaba cómo había podido vivir Lezama allí tantos años con su obesidad, el asma, la disnea y la depresión en la que se sumió desde la separación de la familia, la muerte de su madre y, luego, el juicio contra Heberto Padilla.

Lezama escribía en una pequeña habitación que daba a un cuartito de desahogo. Contigua quedaba la cocina donde guardaba cientos de cuadernos de recetas, muchas apuntadas a mano, aunque no supiera ni hacerse un café. En el cuartico del final, con su cama de adolescente, era donde yo dormía. En éste y en la habitación principal había unos mastodónticos armarios repletos de ropa del escritor y la de doña Rosa. Cuando la casa fue definitivamente intervenida por el Estado, no se sabe a dónde fueron a parar todas estas cosas.

No tenían televisión. Sólo un viejo radio por donde escuchaban a veces música clásica y emisoras internacionales como *Radio Nacional de España*, *Radio Francia Internacional* y, muy bajo, para que los vecinos –que de día les hacían la vida imposible con ruidos y la basura que arrojaban al patio central– no los oyeran: *La Voz de los Estados Unidos de América* y su programa “Cita con Cuba”.

A Cachita le pedí que me dejara ayudarla a organizar un poco durante los días que me iba a quedar allí. Y accedió. Lo primero que hice fue, en el primer patio interior, donde no había

ni una sola planta, montar numerosas tenderas con cordeles y colgar de ellos, como si fueran ropa lavada, los cuadernos manuscritos de *Paradiso*, totalmente humedecidos y algunos enmohecidos. Ella ni siquiera se imaginaba el estado en el que estaban. El primer capítulo lo había pasado a máquina Antonia Soler, los otros, Cachita y la vecina de enfrente, la simpática Emilia. De noche, me ponía a revisar, a hurgar, a leer. No dormía. Salvo “secar” la novela, casi nada se podía hacer. Cuando el padre Gaztelu vino a verme para ir a tomar el té con las hermanas de la pintora Amelia Peláez y le respondí que prefería quedarme haciendo lo que había comenzado, le oí decir algo que repetía hasta el cansancio: “En este país tenemos que ser émulos de Job”.

En otro de mis viajes a La Habana, Cachita me regaló el primer libro de ensayos de Lezama, *Analecta del reloj*, dedicado de su puño y letra por el autor a su madre. Me lo ofreció con la foto del día en que se casó, en donde aparecían Cintio Vitier, Fina y Bella García Marrúz, Eliseo Diego, Octavio Smith que fue el notario de la boda, los esposos Fernández de Castro, Alejo Carpentier y su esposa Lilia Esteban, las hermanas Peláez, entre otros. También me regaló unas plumas, un cenicero que es un cisne con un baño de plata, varios abrecartas y algunas corbatas de Lezama que quedaban pues casi todas se las había dado a Umberto Peña, que las utilizó en sus *Trapices*. Me dio también una foto de Lezama en todo ese ambiente, reinando como un monarca en un océano de papeles, realizada por Chinolope. Cosas que aún conservo. Cuando le conté a Cintio y a Fina lo generosa que había sido conmigo Cachita, se quedaron demudados. Ellos querían tener algo de Lezama. Fue entonces que les regalé el marcador que usó mientras estuvo en el hospital y leía *El acoso*, de Alejo Carpentier, y un libro de poemas de Cristina Peri Rossi. Yo me negaba a aceptar aquellos objetos, pero Cachita me obligaba diciéndome que ella estaba enferma del corazón, que moriría en cualquier momento y no estaba segura de que alguien quisiera conservarlos luego. Son ob-

jetos que no considero como propiedad sino como simple depositario.

A Cachita le ayudó en la clasificación otro joven que admiraba a Lezama, Roberto Pérez León. El empeño quedó a medias porque Roberto apenas tenía tiempo libre debido a sus estudios; y poco después ella falleció, no sin antes haberle prometido el entonces Ministro de Cultura, Armando Hart, conservar tal cual la vivienda y hacer de ella una Casa-Museo. El caso fue que estuvo cerrada durante años, hasta que después de litigios, gestiones desagradables e incomprensibles, la llave le fue entregada, con el aval de los Vitier, a Emilio de Armas, quien junto a su esposa, Lourdes Marrero, se mudaron allí con la tarea de hacer un inventario exhaustivo. Como yo había sido padrino de la boda de ambos y conocía perfectamente el lugar, vine con ellos a pasar unas semanas en la casa y por puro azar, me vi durmiendo, de nuevo, en la cama del Lezama adolescente. Lourdes hizo un sistema de folios

con el membrete del Museo de la Ciudad y yo hice el índice –cuando organicé el archivo de la Oficina del Historiador–, del inventario completo de objetos, libros y cuadros que ellos encontraron. Ya para esa fecha faltaban objetos y libros.

Con nuestros poemas, Emilio y yo le hicimos un homenaje a Lezama delante de la mascarilla de su rostro y sus manos, pintados con un barniz verdoso muy desagradable pues parecía putrefacto. Al principio me daba pavor pasar de madrugada, a oscuras, cerca de ella, pero después la compasión me hizo vencer el miedo. Como había mucho incienso de rosas –Lourdes era rosacruz, ocultista y bautista, leía lo mismo La Biblia que a Madame Blavatski o Krishnamurti–, lo encendimos junto a unos cirios. Cuando Lourdes limpió la casa tuvo que echar montones de basura, y hasta en las gavetas de los muebles de la sala encontraba objetos inútiles mezclados con cenizas de tabaco.

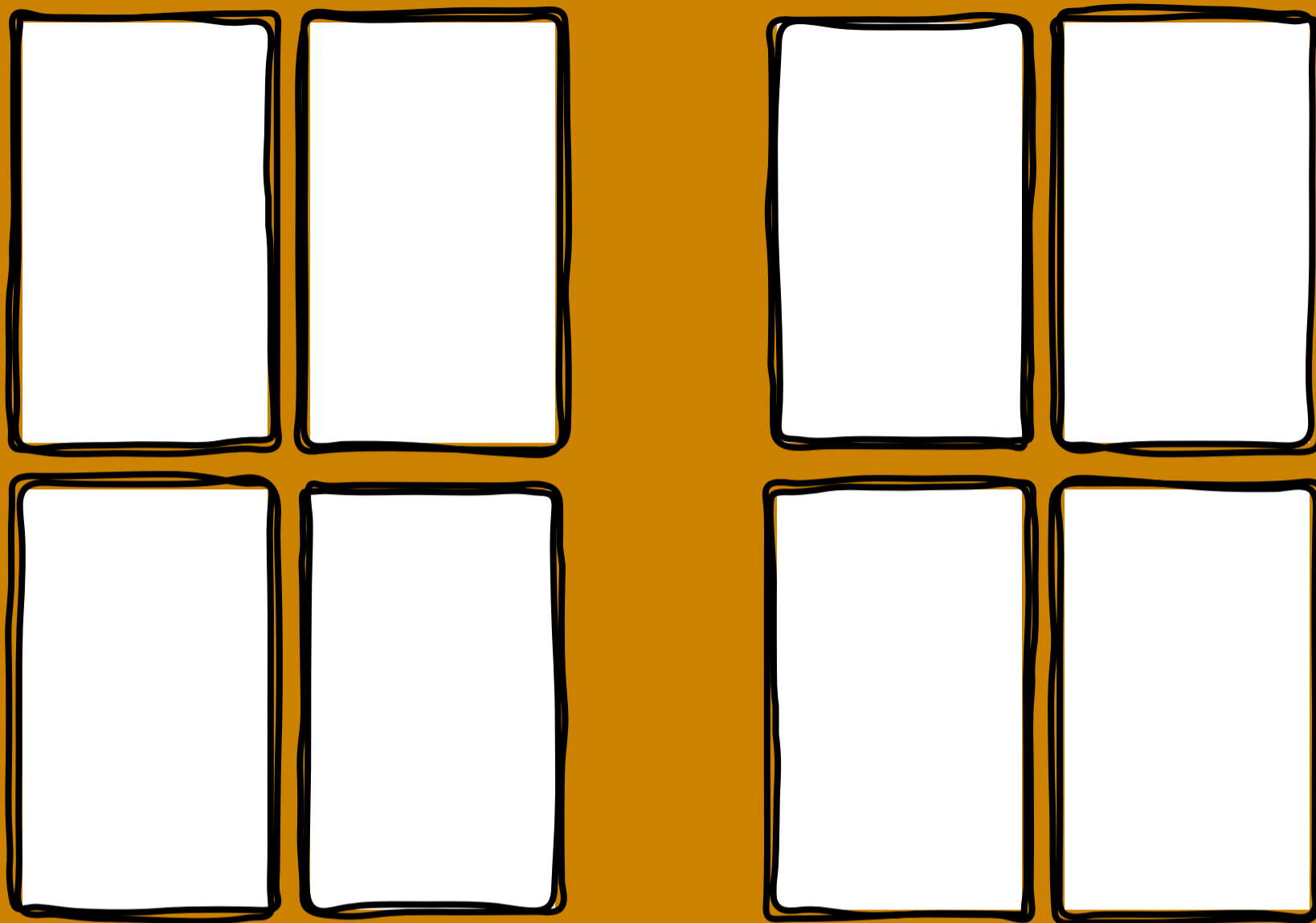


A finales de 1970, Lezama se había encerrado prácticamente en la casa. Allí se protegía del acoso de las autoridades y de los que le enviaban anónimos y le llamaban por teléfono a altas horas de la noche para amenazarle, insultarle o darle noticias de falsas muertes de personas queridas. Hasta de día tenía que tener las luces encendidas porque en su casa nunca daba el sol. En diciembre era una nevera y en verano un infierno. El suelo de la sala se hundía y el del baño, también. De día, los gritos de los vecinos eran insoportables, y de noche, los pleitos impedían dormir.

Durante la limpieza de Lourdes recuerdo que rompí unas planillas de la Embajada de Estados Unidos a medio llenar. Aunque Lezama no se fue de Cuba, creo que en sus horas de desolación estuvo tentado a hacerlo. El pasaporte lo destruimos Emilio y yo. Antes de irme yo de Cuba, con la aprobación familiar, reparé y pinté con unos albañiles amigos a quienes pagué en dólares –estaban prohibidos en esa fecha– el panteón de la familia pues estaba rajado y el agua se le colaba dentro.

Ahora recuerdo cuando Cachita me decía que, si quería que la policía se enterara de algo, bastaba con llamarla y decírselo por teléfono. Una vez hicimos la prueba. Ella me llamaría a Holguín y me diría que haría una reunión muy importante donde habría extranjeros, y que yo debía asistir. Tenía que contestarle que traería carne de res de contrabando, y le precisaba el día y la hora en que llegaría a su casa. Pusimos el plan en marcha y cuando venía yo doblando por Prado para coger Trocadero, dos policías se bajaron de un coche de patrulla, me detuvieron y registraron todo lo que llevaba. Buscaban la carne de res que era delito penado. Lo que encontraron fue una caja llena de guanábanas y anones de los árboles del patio de mi abuela. Cuando se lo conté, Cachita con una infinita tristeza en sus ojos desgastados, me dijo: “Te lo advertí. ¿Tenía razón o no?”

Texto cortesía de su autor, publicado originalmente en el libro *Aldabonazo en Trocadero 162*, William Navarrete, Regina Ávila (editores). Editorial Aduana Vieja, 2008.



ALBERTO LAURO PINO

Alberto Lauro es escritor, poeta y periodista cubano nacido en 1959. Tiene estudios en Filología Hispánica por la Universidad de La Habana y la Autónoma de Madrid. Ha publicado numerosos libros de poesía y ensayos, algunos de ellos premiados como el Premio Odisea 2004 por su novela *En Brazos de Caín*. En 2011 obtuvo el XVI Premio Internacional de Poesía Luys Santamarina "Ciudad de Cieza" con el poemario *Hijos de Mortales*. Residió en Madrid desde 1993 y actualmente vive en los Estados Unidos.